y unas pocas de tortillas que es su pan, y para que sepan bien han de estar calientes; pero estas dos cosas las ponían, los que se las administraban, en cierta parte del claustrillo; y él salía a la hora que le parecía y tomaba aquella refección después de muchas horas que habían pasado de cuando allí las pusieron. Finalmente, él fue hombre ejemplarísimo y penitente; y no es maravilla porque el que sirve a Dios todo lo tiene en poco, y lo estima por estiércol por ganar a Cristo, como dice San Pablo;[14] y creo, según nuestra fe, que está gozando de Dios con particular gloria por haberla merecido su buena vida y mucha penitencia.

## CAPÍTULO XXIX. *Que trata del padre Juan de Mesa, clérigo presbítero, ministro de aquesta indiana iglesia en sus principios*

ARA DESMONTAR Y DISPONER UNA SUERTE DE TIERRA inculta y montuosa suésele buscar gente robusta y de fuerzas, para que ni la espesura del lugar los acobarde, ni el grande trabajo, que en escombrar la tierra ponen, los debilite ni desflaquezca. Lo mismo se verifica en un discreto y sagaz capitán, que para haber de dar batalla a gente robusta y poderosa, pone en la vanguardia la mejor y más fuerte de la suya, para que el impetuoso golpe del enemigo halle en sus fuertes soldados resistencia; y no sólo resistencia sino también ofensa y daño. Dios, que como labrador diligente (que deste oficio se precia en su evangelio) vino a desmontar y talar las breñas y espesuras de la tierra, y a sembrar en ella el grano de trigo que había de ser mortificado para que frutificase en las almas, como él mismo dice por San Juan,[1] escogió para este fin y efecto gente robusta y fuerte con el escudo de su palabra en sus bocas, y la espada o bastón de la cruz en sus manos, rozasen y talasen las breñas y espesos montes de los vicios que tan entretejidos estaban y con tantas raíces, y tan arraigados que para talarlos no bastaban fuerzas de cualesquiera hombres, sino de aquellos solos que Dios escogiese para tan grande y dificultosa obra. Y como capitán valeroso, astuto y sabio que conoce bien el poder del contrario y enemigo, puso gente en la vanguardia que no sólo le resistiese, pero que le acobardase y venciese, que es lo que los apóstoles venían confesando a la presencia de Cristo y diciendo: En vuestro nombre, Señor, vencemos los enemigos, y es poderoso en nuestra boca para sujetar el infierno, como con él le sujetamos.

Estos peones de Dios son los obreros de Cristo que fueron los apóstoles y discípulos que escogió para la obra de la conversión de las gentes, a los cuales hizo tales cuales convenía que fuesen para semejante labor, dándoles las calidades requeridas y necesarias para salir con la siega y llegar a punto la mies de los hombres que la entrojase en sus trojes y cilleros soberanos

[14] Ad Phil. 3.
[1] Ioan. 12.

de la bienaventuranza. Éstos (pues) fueron fuertes, animosos, robustos y valerosos, y en todo cortados al talle, como otro David, del corazón de Dios; de los cuales fió su honra y la introdujo en el mundo, y por su verdadero y fiel testimonio le conocieron los hombres y desterraron de sus posesiones a los demonios, sus enemigos.

Esta gente es la necesaria para iglesias nuevas y para conversión de infieles porque son los maestros de los ignorantes, en cuyos corazones pretenden estampar el conocimiento de Dios verdadero y enseñarles la doctrina y ley que han de conversar y obrar. Y los tales, para salir con tan dificultosos fines, deben ser no menos que apóstoles de Cristo, que son sus enviados, para que siendo guiados por su gracia, acierten a enseñar su doctrina en pobreza, limpieza, caridad y perseverancia, porque sin ella no hay cielo. Y estos tales, aunque son hombres, parecen hombres particulares; son hechos de la masa común de Adán y no son comunes con la vida de los demás hombres porque el brazo poderoso de Dios, que lleva puesta la mano en la mancera deste timón con que cultiva la tierra de los corazones humanos, les comunica sus fuerzas y los hace pobres, humildes, limpios y castos, mansos y de mucha oración, desnudos de ropas y descalzos de su voluntad, perseverantes en la virtud y amigos de imprimirla en todos.

Pues entre otros apóstoles que tuvo esta gente indiana en sus principios, que como tal se ocupó hasta su muerte en el ministerio destas gentes, fue el padre Juan de Mesa, clérigo presbítero, el cual fue natural de Utrera, villa del Andalucía; que siendo mozo de poca edad, pasó a estas Indias como otros muchos han pasado, a contemplación de un tío suyo, que era encomendero de un pueblo llamado Tempuhal, en la provincia de la Guaxteca, setenta leguas de Mexico, aunque de diferente lengua.

La lengua destas gentes, aunque bárbara y dificultosa, se le pegó luego en su niñez que es la edad que recibe fácilmente la inteligencia y enseñanza de las cosas, y fue consumado en ella. Y después, creciendo, único predicador de los que la hablaban. Diole Dios tan buena alma que en su puericia y mocedad (que suele ser caballo sin freno y monstro desatinado que hace a los hombres bestias) no se derramó en las vanidades que suelen ser comunes a otros, que siguiendo la lozanía de sus bríos, no dejan orejas para los llamamientos de Dios; antes como áspide o basilisco ponzoñoso, puesto el un oído en la tierra, y el otro tapiado con deleites humanos y carnales, andan tendidos por los suelos de la vanidad y locura. Y crece más la admiración de su limpieza y honestidad por ser la tierra donde se crió muy ocasionada y fácil para cualquier ofensa. Que es una de las alabanzas de Job. que fue bueno entre los malos; porque entre los buenos el mismo buen ejemplo y virtudes que se ven ejercitadas obligan, cuando no siempre, al menos las más veces a ser imitadas.

Antes por el contrario, sacudiendo afectos deshonestos se aficionó al estudio de las letras con intención de servir a Dios, en el estado eclesiástico. Y como llegase a tener edad y suficiencia, luego se ordenó de sacerdote; el cual oficio ejercitó con grande ejemplo de todos y aprovechamiento de aquellos naturales, predicándoles de ordinario y peregrinando de pueblo en

pueblo, particularmente por las fronteras de Tanchipa y Tamaholypa y Tamezin, que confinan con los chichimecas infieles; caminando como apostólico varón, siempre a pie y no pretendiendo otra cosa sino la salvación de las almas.

No es posible, sino que este santo hombre traía a Dios muy en su corazón; pues por lo dicho se ve el cuidado que ponía en convertir almas, y con trabajo tan inmenso como es andar a pie. Pero no es maravilla, porque el amor todo lo puede y hace, que el cansancio sea descanso y el trabajo reposo y ocio; porque el siervo de Dios no pone su descanso en lo que huelga o trabaja el cuerpo, sino en lo que gana y aprovecha el alma para con Dios, que son dos cosas encontradas, descanso de cuerpo y descanso de alma; porque descanso de cuerpo es ociosidad perpetua y turbación de alma, y descanso del alma es inquietud y desasosiego de cuerpo; porque para que ella esté descansada y puesta en los brazos de Dios, debe estar el cuerpo en los de los trabajos, aflicciones y penitencia y ocupado en servicio del alma y sujeto en todo a su voluntad, porque mientras más crucificado el cuerpo, entonces está más encaminado a sus obligaciones.

Cristo nuestro señor, con ser Dios y en cuanto hombre, el más santo de los santos, pasó por este trabajo y crucificó su carne diciendo a su padre que le santificase y dedicase su cuerpo a la cruz,[2] por darnos ejemplo de la mortificación que debemos hacer de nuestra carne, y sujetarla al yugo de la ley de Dios y de los trabajos y predicaciones, en especial los que lo tenemos por oficios, porque esto es ser siervo de Dios, que habiendo echado mano a una virtud en su servicio, nunca nos cansemos, sino que siempre estemos en ella perseverantes, y si se cansare el cuerpo no se canse el espíritu.

San Pablo, dice a este propósito: cuando plugo aquel que me apartó y segregó del vientre de mi madre para su ministro y me llamó, por su sola gracia y voluntad, sin merecimientos míos, a su evangelio, para que yo participase de los bienes que Jesucristo trajo al mundo y le conociese, revelóme a su hijo y vile con estos indignos ojos y mudó mi corazón, y trájome a su fe y conocimiento; y mandóme que le anunciase y predicase entre los gentiles para que ellos también se salvasen. Y al punto que Dios entró en mi alma y me dio su luz; luego, sin mirar a carne ni a sangre, sin volver a Jerusalén, me fui a Arabia a predicar el evangelio, y me contenté con tenerle ya yo en mi alma, y ser siervo suyo; y no di consentimiento a mi carne, ni a lo que desea, ni a lo que el mundo quiere, que es holganza, descanso, no como si mucho hubiera hecho quise holgar, sino que al punto me partí a Arabia, y de allí vine a Damasco y anduve con gran trabajo predicando a Cristo, porque el que me enviaba me movía a ello.

Deste largo discurso del glorioso apóstol, se puede colegir lo que hace Dios y su gracia en un alma y las fuerzas que le da, y lo que hace despreciar y tener en poco los trabajos; porque si se cansa el cuerpo no se cansa Dios que guía al alma y la fortalece en su servicio, para que con tesón y perseverancia lleve adelante el fervor comenzado. Y estando con él este

[2] Ioan. 17.

apostólico varón, Juan de Mesa, no es maravilla que como otro San Pablo anduviese de una parte a otra con trabajo y afán, a pie y con hambre, doctrinando a las gentes y convidando con el evangelio de Cristo a los infieles, para aficionarlos a él, cuya fe mediante habían de ser salvos.

Aprovechóle mucho, para este fervor y espíritu, la doctrina y ejemplo del santo varón fray Andrés de Olmos, que anduvo muchos años por aquella tierra, conviertiendo y baptizando los moradores de ella. Lo mismo aprovechó a otro padre clérigo, muy siervo de Dios, llamado Luis Gómez, que después tomó el hábito del bienaventurado padre San Agustín, y habiendo vivido muchos años en él, con mucho ejemplo de vida y religión, murió en Guaxutla de la Guasteca, el año de mil y quinientos y noventa y dos. Con este padre bendito, siendo clérigo, se acompañó el padre Juan de Mesa, y ambos anduvieron juntos en la mocedad sembrando la palabra de Dios por aquellas fronteras; haciendo fiel y devotamente el oficio de ministros evangelizadores, dando las buenas nuevas a los hombres bárbaros e infieles, que no las sabían por no haber tenido esta memoria en sus antepasados de la venida de Cristo al mundo, y de su santa y celestial doctrina.

A cabo de algún tiempo que Juan de Mesa era sacerdote, estando para morir el tío, como careciese de hijos y viese en el sobrino tanta virtud y celo de las almas, parecióle que a ninguno otro mejor podría encomendar la suya, y fiar la hacienda que tenía para que se emplease en servicio de de Dios, que a él. Y así, demás de haber procurado que se le encomendase el beneficio de su pueblo y sus anexos, los dejó por heredero de todos sus bienes; y él lo aceptó, no por cudicia que tenía de bienes terrenos, sino por dispenderlos en aprovechamiento de muchos. Mayormente descargando la conciencia del tío, en lo que pudiera estar cargada, por haberse servido de aquellos indios.

Cuanto a lo primero, él no quiso recebir salario del rey, por el beneficio que servía, diciendo que él no servía al rey de la tierra en aquel beneficio, sino al del cielo. Lo segundo, no quiso recebir cosa alguna de los indios, aunque se la quisiesen dar, sino era pagándosela primero. Lo tercero, de más de ampararlos, como padre, de toda vejación y agravio que podían recebir o recebían de españoles, en las ocasiones que se ofrecían, añadía más el caritativo ministro por evitar del todo que no se les ofreciese con achaque de comprar comida los pasajeros, que no consentía que algún español o castellano comiese en otra parte, sino en su casa y a su mesa y a su costa. Porque decía que con esto irían más contentos los caminantes, procurando el regalarlos más que los indios, y demás desto se evitarían los inconvenientes y ofensas de Dios, que en otras partes suele haber. No quiso jamás servirse de indios, sino de los negros y esclavos que tenía, a los cuales no trataba como a esclavos, sino como a hijos, para dejarlos libres y bien enseñados después de sus días. Todos los que tenía en su casa eran casados y tan doctrinados como si se criaran en algún monasterio muy concertado de religiosos, no sólo en las cosas de la fe, cristiandad y buenas costumbres, mas también instruidos, que pudiesen predicar cuando él no podía, por ser muy quebrado y que a veces se le salían las tripas y padecía muchos dolo-

res. Esta buena enseñanza que tenía hecha en sus criados se verificó en uno de los morenos que tenía, en presencia del reverendísimo don Pedro Moya de Contreras, visitando aquellas provincias y estando este evangélico ministro impedido de su ordinaria y penosa enfermedad, de que el arzobispo recibió muy particular contento.

Hacía este bendito padre muchas limosnas, así para casar huérfanas como para remediar otras necesidades. Tenía muy especial devoción a los religiosos de mi padre San Francisco, y de ordinario daba a los monasterios de aquella comarca toda la carne y velas de sebo que habían menester, sin otras muchas limosnas que les hacía. A algunos de ellos que conocía, y con quien se comunicaba, escribía por momentos consultando todas las dudas que se le ofrecían, que eran muchas, por ser él muy escrupuloso y temeroso de su conciencia. Era en sumo grado limpio, y así en el aseo de las cosas del altar y de su persona ponía en admiración su limpieza. Resplandeció juntamente en todas las cosas de su casa el celo de la pobreza, porque no se servía de vasijas si no eran de palo u de barro. Y así, jamás se vio en su mesa cosa alguna de plata. En todas estas cosas se echa muy bien de ver el espíritu de Dios, que en el alma deste apostólico ministro andaba rigiendo sus potencias; ya en la voluntad, haciéndole producir efectos de amor y caridad para con los prójimos, ya en el entendimiento y memoria para las cosas de su santísimo servicio, tratando estas cosas Dios en su siervo, como cuando en el principio del mundo andaba su santísima y providentísima disposición concertando las cosas del mundo mayor, como dice la sabiduría que jugaba en la redondez de la tierra. Queriendo decir en esto que como soberano artífice disponía las cosas como más convenía para su mejor concierto y orden; del cual mundo mayor es su semejanza este que los griegos llaman micocrosmos, representado en el hombre, en quien se cifran en menor cantidad las muy cantiosas del mayor. Y en este menor anda Dios, como el hombre le quiera dar entrada, porque siempre está llamando a la puerta, disponiendo las cosas dél muy a plomo y a nivel, para que ajustándose con su divino querer sean piedras limpias, lisas y bien labradas para el edificio de la bienaventuranza eterna. Y déstas parece haber sido una este venerable padre Juan de Mesa; que lo fue muy espléndida y cumplida para Dios, porque como dice él mismo, en otra parte, la conciencia limpia y segura es como convite muy cumplido de manjares, administrados en mesa cumplida y franca. Pues no es menos que esto esta mesa santa que lo fue para Dios, dándole los manjares de las virtudes administrados en el plato de su alma.

Siendo ya viejo y hallándose cansado, no de la administración del oficio que tenía sino del demasiado cuidado que pide y deseando la soledad, renunció el beneficio y apartóse con su gente a las riberas de la laguna de Tampico, a la parte del poniente, donde hizo una pequeña casa en que se recogió; donde estuvo algunos meses ocupándose en sólo el aparejo de su alma. Y viendo que se acercaba el fin de sus días, fuese a otra villa llamada Pánuco, poblada de españoles, donde en breve tiempo murió y fue a gozar de Dios, según los ejercicios, trabajos y ejemplos de su santa vida. Fue

tan honesto y recatado este siervo de Dios, en la conversación de las mujeres, que se cree, y tiene por muy cierto, que partió deste mundo virgen, como en él había entrado. A Dios sea la gloria de todo que sabe (como suma sabiduría que es) dar sus gracias y comunicarlas a los hombres, en grado tal, que conocidas de los hombres, por muy particulares, le den sumas alabanzas por ello.

De otro padre clérigo, dice el venerable padre fray Gerónimo de Mendieta, en su libro escrito de mano, estas formales palabras: Un sacerdote conocí, habrá cerca de cuarenta años, que llamaban el padre Urbano, de nación aragonés (si no me engaño), gran latino y griego que había enseñado gramática en Mexico a hijos de vecinos; y queriendo bien ayudar en su vejez a los indios, porque era también buena lengua mexicana, andaba de pueblo en pueblo, peregrinando a pie y predicando sin recebir cosa más de una pobre comida. Vilo entonces en el valle de Toluca y nunca más supe dél, ni dónde acabó la vida, sólo sé que fue varón apostólico.

Esto escribió este grave religioso el año de mil y quinientos y noventa y cinco, y es el que corre cuando yo lo escribo el de seiscientos y ocho. De manera que esto fue a los treinta, poco más o menos, del descubrimiento deste nuevo mundo, cuando florecían en él la virtud y santidad y corrían por todas partes y en todos los estados eclesiásticos, en las órdenes mendicantes (que no había otras entonces) y en el estado clerical, con mucho cuidado y espíritu, pretendiendo cada uno aventajarse al otro en su ministerio; que aunque de presente hay muchísimos siervos de Dios, y muy cuidadosos de su oficio eclesiástico, no todos en general se ocupan en la enseñanza de estas gentes como entonces se ocupaban aquellos santos y celosos ministros evangélicos; que como otro Elías suspiraban por la observancia de la ley de Dios y conocimiento de su santísimo nombre; desterraban las idolatrías y consumían ídolos y daban a entender a estos pobres engañados los embelecos del demonio. Este honrado religioso fue también apostólico varón a quien conocí y traté muchos años, y fue mi guardián, y pues dice que lo fue el padre Urbano, ya se habrán visto en el cielo y allá sabrá cómo los que sirven a Dios, aunque anden apartados en la tierra y no sepan unos de otros, se juntan en el cielo, y allí juntamente reciben el premio que sus buenas obras acá en el mundo merecieron.